

PADRE NUESTRO DE DIEGO

Por Violeta López Suria

Para que no siguiera el salmo de tus huellas
tajaron mi camino
y si algo oí de ti
eras de niebla lejos.
Sin pomarrosas. Sin pitirre.

Que no me den tu rostro
los que hoy te tallan con palabras.
Tan sólo quiero el hueso
de tu voz cercenada.

Compadéceme, padre,
fue mi niñez radial: desesperanza.
En afónicos gritos raídos
pronunciaban tu Laura,
Tanta migaja, noche oculta
tu siembra hollada
cuando algún pecho enardecido
en ronco rezo declamado
arrancaba
la rebeldía de tus salmos:
¡una cuerda larga y fuerte!
¡¡ una cuerda larga y fuerte para el cuello del tirano!!
Tus venas retorcían el hallazgo.
No sabes cuánto,
cuánto desamparo.

Y yo pedía, padre,
que me diesen tu nombre,
pero todos callaban.

Cuando aquello del "hongo" ...
la ignorancia arropaba la isla,
palmera ensimismada.
Que a Corea de espaldas
sin haberte sentido
se iban.

Tus ojos me encontraron
la casa del abuelo.
Quise convalecer
mi adolescencia herida
y una voz desde un hueco
meciéndose en la hamaca
me dejó que yo entrara
por tu mirada.
De su reuma caída
surgías caballero de la raza.
Entonces me contaba
y me contaba
con grietas
ya sin pulso,
mi dulce abuelo en el recuerdo -
dejándome tu ofrenda
hecho tú al evocarte
para que te sintiera
palpitar en mis dedos
si ya no estabas lejos.
Y toda tu gangrena,
gangrena por la patria
me cercaba,
por desgarrarme
en panes
la garganta.

Era entrar poco a poco
desde el óleo apagado
por tus ojos
hasta habitar recodos de tu espíritu,
abrasada mi boca
por tu carne llagada,
sentirme ardida en tu llamarada.

Fue sorprenderme voz en tu silencio,
ah del discurso intenso,
cuánta palabra no escuchada,
cómo querer vivirlas,
y volcarlas.
No sé en qué sueño lejos
de niñez desolada
mi fiebre pesadilla preguntaba:
-¿Quién es? ¿Quién es?

Lápida y cal tapiaban
mi sed maravillada
si sólo respondía
otra bandera en más y más estrellas
que yo no alcanzaría.

Los míos quedamente recordaban
si tanto me atraías --
hasta que una tarde,
una tarde sin nadie
te dije: PADRE ...
¿Es que estabas en mí
desde antes?

Estamos consumados.

(Tengo vergüenza.)
Que puedo dar mi sangre
y por cobarde...
Yo no quiero envolverte en poemas.
Todo esto es fácil.
Lo otro...

Tú tan distinto.
Hubieses muerto en goterones hoy
por libertarnos.
PADRE NUESTRO ...
Tras rejas, esponjado.
(Pobre Cristo negado. Las astillas en polvo
solamente regadas al canto.)
Déjame que te diga,
los hijos de tus nietos se desangran
en arrozales lejos.
Todo tan grave y
vergonzoso.

Perdónanos,
que no te merecemos.

Aquella voz no oída,
derramada en tus ojos
agarraba mi infancia con asma.
En casa --la hogaza paternal
me recreaba,
tus ojos ventanales
en ascuas prometéicas,
coágulos tristes,
estremecidos,
a pedazos. Sin ellos
qué orfandad nos espera
por siempre ciegos.

No hay tumba más tragada
que un himno en otra lengua.
¿Puede haber canto
sin sueño, sin pitirre?

Mi niñez desviada
en láminas nevadas
de otros campos
que yo no comprendía
bajo el sol de mi tierra.
Ay los primeros años,
borrosa, sin maestros
ni libros con tu imagen.
La mudez me encorvaba
para quedar sin ti, en el aire.

¿Por qué no me dijeron
que tú serías mi padre,
el que en la escuela no quisieron darme.

Si tuviera el valor de tus salmos
y no este pánico.
Por la ignorancia de mis primos
que mueren en Vietnam sin añorarte,
que me ciña tu fuego
y grite tarde tarde
este querer salvar los hijos
que nacerán de ellos:

PADRE NUESTRO DE DIEGO.

Asomante, julio-septiembre,
1966.

Número Homenaje a José de Diego,
1866-1966.